

SE SUSCRIBE EN TOLEDO, LIBRERÍA DE FANDO.

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS.

Este Boletín está dedicado á la circulación de las comunicaciones oficiales del Arzobispado, y demás que convenga al interés del Clero.



Los señores eclesiásticos que no le reciban á tiempo, harán la reclamación dentro del término de 20 días, pasados los cuales no será atendida.

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

CONFERENCIAS

DEL P. FÉLIX DE LA COMPAÑÍA DE JESUS,
EN LA CATEDRAL DE PARÍS.

Conferencia tercera.

(Continuacion.)

No pretendo yo ciertamente, señores, que el aura fugaz que agita á un corazón de diez y ocho años, decida un consorcio que no ha de ser pasajero; mucho menos autorizo que el arrebato de una pasión se anteponga en este grave negocio, á los consejos de la experiencia ni á las prudentes previsiones. Pero lo que sí tengo por una aberración desastrosa para la familia y para la sociedad, es el predominio, la importancia esclusiva muchas veces, que otorgais á los cálculos de la ambición, ó á los cálculos de la vanidad en ese acto solemnemente para cuya celebración debiais ver ante todo, si habeis de ser racionales, almas que se estimen, corazones que se amen, vidas que se atraigan mutuamente para que cada cual goce con reciprocidad perfecta la doble felicidad de entrambas. Hablemos con toda la llaneza que nos consienta la dignidad del discurso. Teneis un hijo cuyo corazón, puro todavía, brota al calor de un primer afecto, como la flor al primer rayo solar que la inunda: su alma, al dilatarse, derrama sus primeros perfumes, y con una aspiración que tiene algo de lo infinito, anhela un yo no sé qué, sin nombre todavía para ella. ¿Qué ha menester este jóven? ¡Ah! ¡me lo preguntais! ha menester un alma como la suya, un corazón como el suyo; un alma

en que se encierre el tesoro de la pureza, y un corazón que guarde el tesoro del afecto; sin estos dos tesoros, que uno con otro se completan, nada le bastará; ni el apellido más ilustre, ni el caudal más pingüe y saneado cubrirán su irremediable miseria. Y ¿qué haceis vosotros para responder á estas aspiraciones de un alma virgen á toda impureza, y de un corazón virgen á todo egoísmo? ¡Ah! Lo que haceis, no ya solo aceptar, sino á veces escoger un alma vacía de virtudes un corazón desnudo de afectos; un alma cauterizada; un corazón corrompido, sin facultad siquiera de comprender la virtud, sin facultad siquiera de corresponder á un afecto: vicio, vicio solo, ¡gran Dios! sin más blason que sus millones, ó un apellido retumbante... ¡Oh padre! ¡Oh madre! ¿habeis olvidado vuestra propia historia? ¿no os ha enseñado nada vuestra experiencia misma? ¡Ah! si la Providencia ha querido preservaros de una suerte igual á la que destinais á vuestro hijo, cuidad de que sus lágrimas no sean para vosotros una lección tardía, y sus infortunios un origen de tardíos remordimientos!

¿Qué pensais, señores, que sucede por lo común con estos matrimonios absurdos, oprobio de la naturaleza y escándalo de la razón? ¡Ah! voy á deciroslo: estos matrimonios engendran crímenes muchas veces, catástrofes otras, y tristeza siempre; porque esos enlaces falseados ya por vuestras costumbres en el acto de realizarse, son luego doblemente pervertidos por ellas cuando ya se han realizado.

Miradlos: ahí los teneis uno en frente de otro:

ahí teneis á esas dos almas, no unidas, sino subyugadas por un pacto de vanidad ó por un cálculo de egoismo; subyugadas para toda su vida bajo el peso de un contrato legal indisoluble y de un mismo juramento inviolable. El contrato en que se estipulan las condiciones de su vida material, nada ha podido hacer para garantizar entre esos dos seres la armonía de la vida moral: no se aman y quiera Dios que al ménos esta carencia de amor, pueda ser compensada en algo con un poco de estimación mútua. Pero su sociedad, sin más vínculo que el nuevo contrato, es, para su corazón desierto, peor que la soledad misma: la tristeza se asienta en aquel hogar de dos seres que recíprocamente se fastidian. Fáltales á entrambos lo que necesitan para vivir, aquellos dos corazones, tan unidos por el espacio, sienten entre uno y otro distancias que los aterran; son el uno para el otro, sin quererlo quizás, una espada de dolor; y lo mejor que se prometen, mientras que la voz del deber tiene fuerza todavía para hacerse oír de ellos, es el sufrirse mútuamente: aquí se termina todo el ideal á que pueden aspirar sus esperanzas.

Pero el alma, señores, se quebranta fácilmente con esta ruda tarea: el corazón sobre todo padece el espantoso martirio de estar perpétuamente, digámoslo así, royéndose á sí propio... Dejad que cualquier objeto algo ménos frío penetre en aquella atmósfera de hielo, y la tentación hallará de par en par abiertas las avenidas de aquellos dos corazones, que nada se dan uno á otro de cuanto, más ó ménos, cada cual de ellos anhela. Con un poco que ayude luego la novela contemporánea, penetrando en aquel hogar, descubriendo á aquellos dos seres comprimidos por una realidad odiosa el mundo encantado de imaginarias felicidades, pronto se dirán: que al fin y al cabo el corazón no puede condenarse en vida á perpétua muerte; que no es tan grande como se supone el crimen de buscar fuera del hogar propio lo que en él no se encuentra: el corazón entonces, encadenado como se ve para siempre á una vida molesta, sueña vagamente con encadenarse á otra más grata... y pasa rozándole el primer hálito de los amores ilegítimos, como se siente cruzar por el espacio las primeras ráfagas precursoras de la tempestad!...

¿Y despues, señores, qué sucede?... Ah! permitid á mis lábios sacerdotales pronunciar aquí una palabra que quisiera yo velar con todo nuestro pudor cristiano... Pues sucede entonces que el crimen de lesa familia, el mónstruo devorador

de la sociedad doméstica, invade el hogar para profanarlo, para turbarlo, para corromperlo. ¿Cuál es, cómo se llama este mónstruo? *Dicam nomen bestie*: ¿se llama el adulterio!... El adulterio, si; y pues ya le he nombrado, os diré que este es el mal de muerte que corroe el corazón de la familia por medio de nuestras costumbres contemporáneas. El adulterio, que en otros tiempos de la sociedad cristiana era un crimen raro, y que dejaba un borron indeleble en la familia profanada, pero que hoy ya se ostenta en rostros bastante envilecidos para no sentir siquiera ni aun el rubor de su oprobio. El adulterio, estigmatizado por todas las legislaciones, por todas las civilizaciones, por todos los pueblos, y que hoy día, ¡gran Dios! ¡pide, no solo indulgencia, sino los honores del triunfo! El adulterio, que hasta hoy no habia osado caminar sino entre tinieblas, deslizándose furtivo en el asilo de la castidad y diciendo mientras mira al rededor de sí, como aquel otro de quien habla la Escritura: — «Estoy solo y nadie me verá» — ¡pero que hoy día ya, no solamente se cree eximido de refugiarse en el misterio, sino que no teme la luz del día ni el ruido del escándalo, no! El adulterio que no se oculta, el adulterio que se ostenta; el adulterio que se jacta de sí mismo; el adulterio que se instala con descaro en el hogar, en el estrado, hasta en la mesa de la familia, y que allí desafía con sus miradas insolentes la virtud del esposo y el pudor de la esposa, humillada con su triunfo; el adulterio, en fin, que disuelve la familia, multiplicando crímenes, desolaciones y á veces catástrofes espantosas en el hogar mismo que debiera ser asilo de pureza, de ventura y de paz!...

Esto, señores, esto es lo que, para disolver la familia, hacen hoy las costumbres contemporáneas. Y aun nada he dicho de las ignominias singulares que á veces la deshonoran. Por respeto á vuestro pudor, y por respeto al mio, no descorreré el velo de ciertos misterios de crimen que á veces descubre la justicia humana, y que ella sola puede nombrar en su lenguaje, porque es cargo suyo pesarlos en su balanza y herirlos con su espada. Si yo los nombrase aquí, tales como la sociedad los esconde en su seno, veriais con asombro abominaciones que se creeria estar para siempre relegadas en las cloacas del paganismo, y que viven en hogares donde, poco há todavía, se albergaron cristianos que adoraban á Jesucristo. Pero no: dejemos, dejemos oscuros y sin nombre en sus nativas tinieblas y en su justo silencio esos crímenes escondidos en que se ve la familia cons-

pirar contra la familia, la paternidad contra la paternidad, y la vida contra la vida; misterios vergonzosos, inaccesibles á la razon humana, pasmo de la naturaleza misma, y que en este sagrado lugar no pueden ni aun ser nombrados sin que le manchen.

III.

Acabo de mostraros cómo la corriente de las costumbres depravadas, junto con la corriente de la ciencia revolucionaria, aceleran entre nosotros el envilecimiento de la familia, y aun nos amenazan con disolverla. Ahora añado que todavía hay una corriente que la amenaza más: la corriente de la vida social misma. Del propio modo que la familia ejerce un influjo activo y directo sobre la sociedad, así también la sociedad ejerce un influjo reactivo sobre la familia: y no vacilo en decir que la más ostensible y amenazadora señal del envilecimiento y de la destrucción de la familia, se halla principalmente en las tendencias sociales de nuestra edad.

Cuando digo tendencia social, no es mi ánimo comprender en esta frase la forma ni la marcha política de los actuales sistemas de Gobierno; sino que me refiero sólo al conjunto de relaciones externas creadas por el movimiento mismo de la vida social entre los hombres asociados; y en este sentido, digo que las grandes corrientes de la vida social, tal como se produce hoy día entre nosotros, amenazan más y más á la familia; y parecen conspirando para desarraigar esta secular institucion, á la manera que, ola tras ola, desarraiga el torrente la añosa encina que los siglos han plantado en su márgen.

Buscando una palabra que espese el conjunto de nuestras tendencias sociales tan múltiples, tan diversas, pero convergentes todas á un mismo objeto, fatal en todas partes á la familia, me parece haberla encontrado: esta palabra es la siguiente: el *dislocamiento* (*déplacement.*) La familia es por su esencia una cosa permanente, estable, constituye en la seres que viven juntos, en un mismo hogar, bajo un mismo techo y de un mismo gobierno; que se perpetúan unos en otros, que están en condiciones casi iguales, y se dilatan por un progreso lento y una marcha tranquila, como el progreso y la marcha de la naturaleza.

Pues bien: al examinar de cerca las tendencias y movimientos de nuestra vida social, descúbrese en todos sentidos y con infinidad de formas, la cosa más contraria á lo que acabo de de-

cir. Hombres y pueblos están como poseidos de no sé qué espantosa premura de cambiar, de no ser estables; y esta perpetuidad y esta universalidad de semejante vértigo, han llegado á ser como una perpétua y universal destrucción de la familia.

En primer lugar, veo con temor en todas partes una tendencia al dislocamiento de la riqueza y á la movilidad de la posesion. La aversion á un trabajo seguro y fecundo, pero lento en producir riqueza; la desenfadada pasion de improvisar caudales con el azar de las especulaciones; los juegos arriesgados y las empresas temerarias; el desden cada dia mayor á la propiedad estable, y el prosequimiento immoderado del capital movable; hé aquí, señores, por no mencionar prolijamente otras causas, una tendencia de nuestra edad, tendencia tan generalizada que apenas alcanzan ya á eximirse de ella sino algunas pocas familias para quienes todo es ménos que su honor, su nombre, su herencia y todas las tradiciones en fin que les han sido legadas con el lustre de su cuna. ¿Queréis saber ahora lo que se encuentra en el término de esas tendencias que en todas partes dislocan la posesion con movilidad tan asombrosa? Pues se encuentran sacudimientos subitáneos é imprevistos que quiebran en solo un dia en la familia una cadena de tradiciones seculares; y á veces rompen totalmente el nudo que enlaza á la familia misma; se encuentran peregrinas transiciones que de un solo golpe elevan, de las gradas ínfimas á las más altas de la riqueza, ó precipitan desde la cumbre de la opulencia en el abismo de la miseria, á los favoritos ó víctimas de esos bárbaros azares; se encuentran opulentos que se avergüenzan de su familia, ó miserables que hacen que á su familia avergonzarse de ellos; y unos y otros la causan con iguales golpes heridas semejantes.

De estos cambios repentinos, y pudiéramos decir estrepitosos, de fortuna, de estas peripecias nace otra tendencia análoga á la anterior, y que es también un dislocamiento: la tendencia á cambiar de condicion social. ¿No habeis observado el desastroso movimiento que á vuestros contemporáneos escita para que procuren cambiar, no sólo de fortuna, sino de condicion; es decir, de lo que constituye la esfera misma de la vida? Nadie hoy día quiere estarse en su lugar: el campesino tiene los ojos y el corazon puestos en nuestras grandes ciudades; el menestral de las grandes ciudades mira ansioso, en horizonte más vasto, las perspectivas de las carreras liberales; aquellos mismos que han heredado de sus padres es-

tas carreras, no se satisfacen con ellas tampoco, y aspiran á elevarse á más encumbrada esfera. El hombre á quien la Providencia encargó de regir el arado, de fecundizar la tierra y de alimentar á la humanidad con el trabajo de sus manos, aspira á manejar la pluma, á cultivar sus talentos y á rodear su nombre con una aureola literaria. Podía ser un agricultor útil, y no será sino un pensador estéril, un escritor vulgar, corruptor acaso; aprenderá el oficio de escribir; y, para el progreso del mundo, compondrá libros degradantes! De todos modos, y sea cualquiera el término á que le lleven todos estos caminos de travesía que toman de ordinario para salir de su condicion el fugitivo del hogar doméstico, su familia será ya para él como si no fuera: alumno de la fortuna, si sucumbé en la empresa, le niega los suyos; si triunfa, entónces es él quien reniega de ellos, hasta el punto que nada le aterra tanto como encontrarse en el camino de sus triunfos á un padre, á una madre, á hermanos ataviados con ropas, signo auténtico de una descendencia que parece una ironía lanzada contra sus altivos desdenes: el amor de la familia queda para él muerto y sepultado, ora triunfe, ora sucumba en su empresa.

A los cambios de fortuna y al trueque de condiciones que destruyen entre nosotros el espíritu y la vida de familia, hay que juntar ahora la tendencia al *dislocamiento* material. Queremos no sólo cambiar de fortuna y condicion, sino que tambien aspiramos cada día más á cambiar de sitio, de clima, de sol. El progreso material mismo, parece como que estimula, si no se cae á tiempo en ello, á relajar los vínculos de la familia.

No reprobamos nosotros, dígame lo que se quiera, la moderna creacion de nuestras líneas de ferro-carriles que, con rapidez desconocida para nuestros padres, difunden en el cuerpo social movimiento y vida; pero hay que tomarlo todo en cuenta, y percibir las tendencias morales que como por sí mismas nacen de nuestros progresos materiales. Merced á la facilidad que ahora ya se tiene de cambiar de sitio, de cielo y de clima, veo irse acrecentando más cada día un género de necesidad que puede ejercer en la familia un grave y funesto influjo: la necesidad de no parar en casa. De este modo, los goces de viaje van matando los encantos del hogar: diríase que nuestra vida no sabe ya fijarse; el arrebató que nos domina, á pesar de no llevarnos por solitarios desiertos, sino al revés por en medio de las maravillas de la civilización y entre el flujo y reflujo de la muchedumbre, nos va haciendo llevar

una vida nómada, literalmente hablando. Las fondas y posadas, de que os mudais cada día, cuando no varias veces al día, amenazan ser vuestra ordinaria vivienda; y en este vaiven de una existencia perpétuamente de viaje, se os escapa el amor de familia, junto con aquella inclinacion que á nuestros padres tuvo tan apegados á la tierra en que se habia mecido su cuna. Decid lo que os plazca; yo os aseguro que esta tendencia es peligrosa, y que amenaza convertirnos en seres tan desarraigados de la familia como lo somos ya de la sociedad.

Tenemos, pues, dislocamiento de fortuna, de condiciones, de moradas; tendencias sociales que todas amenguan y desnaturalizan la familia más y más. Pero aún hay un dislocamiento más funesto, una tendencia todavía más amenazadora; y es el afán de separar de la familia, ántes de tiempo y aun en la peor sazon posible, á los hijos, la tendencia de los padres á echar sobre estraños la carga de educar á su prole. En este particular, todo vá combinándose del mejor modo posible para disminuir, en todas las fases de la vida, el providencial influjo de los padres y madres sobre sus hijos: todo, carreras, instituciones, hasta la educacion misma. Las carreras, comenzándose prematuramente, precipitan el curso de la vida social de los jóvenes, y sus padres tienen que lanzarlos en la devorante atmósfera de las grandes ciudades ántes de haberlos hecho hombres que sepan vivir. Las instituciones, y hasta los establecimientos de beneficencia apartan, desde la infancia muchas veces, á los hijos del cariñoso y solícito lado de sus padres: establecimientos de beneficencia, buenos en sí mismos como remedio de necesidades extraordinarias, pero maleados desde el punto que, en vez de limitarse á suplir para con el pobre cargos que tantas veces le es imposible cumplir, se pongan tambien á disposicion de los ricos para descargarlos de la educacion de su prole, y favorecer en ellos tendencias siempre peligrosas.

(Se continuará.)

HABILITACION DEL CULTO Y CLERO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Desde el día 10 del actual se halla abierto el pago de la mensualidad de Junio último, para los señores partícipes del presupuesto eclesiástico de esta provincia, en los arciprestazgos respectivos. Madrid 11 de Julio de 1860. — Marcos Martínez Sainz.

Editor, D. Severiano Lopez Fando.

TOLEDO:—1860.

IMPRENTA DEL MISMO, ANCHA, 31 Y NUNCIO VIEJO, 11.